

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 27 DE MARZO DE 1932.

NÚMERO 13.



RESURRECCION

Cuando hubo pasado el sábado, se produjo de repente un violento terremoto; porque un ángel del Señor, bajado del cielo, se acercó a la piedra, la apartó rodándola, y se sentó encima de ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Los guardias, aterrorizados, temblaron y se quedaron como muertos.

Algunos volvieron a la ciudad, y anunciaron a los jefes de los sacerdotes todo lo que había sucedido. Estos,

después de haberse reunido con los ancianos y haber celebrado consejo, dieron a los soldados una importante cantidad de dinero con esta orden:

—Decid: “Sus discípulos vinieron de noche a robarlo mientras dormíamos”. Si el gobernador se entera, le apaciguaremos, y os sacaremos del compromiso.

Los soldados tomaron el dinero, y siguieron las indicaciones que les habían dado. Así se extendió este rumor entre los judíos hasta hoy.

Cabano, el chico negro, y los plátanos

(Conclusión.)

“¡Oh, padre, qué ricos sois!, ¿tan caros son los plátanos en tu tierra y los comeis todos los días?” “No, hijo mío, allí también es un manjar exquisito, como aquí la carne y la sangre. Solamente al llegar aquí, y al ver que estaban tan buenos los plátanos, hemos aprendido de los otros blancos de comer plátanos fritos todas las mañanas, y también de partirlos por medio y ponerlos al sol para que se sequen. Dentro de unas horas tenemos entonces frutos secos deliciosos. Estos los llevamos en el bolsillo, cuando tenemos que andar muchas horas o días. También hemos aprendido aquí a guisar con harina de plátanos, ¡nos extraña que aprovecheis los plátanos tan poco!”

“Sí, señor, nosotros somos demasiado pobres, y por esto no hemos visto ni aprendido tanto como vosotros. No tenemos ni sartenes ni fogones, tenemos únicamente unos trozos de barro cocido, que ponemos en tres piedras sobre la lumbre; tampoco tenemos molinos; en lugar de ellos nuestras mujeres tienen que machacar y desmenuzar el trigo y el arroz, y si vosotros no nos traéis sal de otros países, no tenemos ni siquiera esto. Además, hay muchos que dicen que los espíritus, al vernos introducir nuevas costumbres y comer cosas que nuestros abuelos jamás han comido ni han enseñado a sus hijos, se enfadarían con nosotros. Quizás dirán entonces nuestros antepasados en el reino de los espíritus: “¿Qué les ocu-

rrer a nuestros hijos en la tierra? ¡Abandonan las buenas costumbres antiguas y se vuelven muy orgullosos! ¡No les basta la vida sencilla, como antes la llevábamos, nos desprecian! Vamos a castigarlos”. Entonces nos persiguen a nosotros y a nuestros hijos y a nuestro ganado con enfermedades. Mira, pollos y huevos y carne de cerdo y muchas otras cosas que comeis vosotros, no lo podemos comer, si no nos morimos; únicamente los pocos que han aprendido contigo se atreven a comer tales cosas y dicen: ¡Qué importa!, todo esto lo ha creado el mismo Padre Celestial para nuestro bien; pero los demás tienen todavía miedo; mas con el tiempo nosotros también lo haremos así”.

Después Cabano se queda algún tiempo muy pensativo. Yo sé que se está acordando de sus queridos padres, y de los obstáculos que ellos le ponen. Temen que su trato conmigo le lleve por mal camino, y que acabe por despreciar las creencias antiguas. Yo me callo también. Cuando hicimos la choza, hemos hablado muchas veces de cosas profundas y serias, y entonces él dijo una vez muy seriamente: “Yo amo la palabra de Dios”, y esta creencia le ha librado ya de muchas angustias y supersticiones. Ahora también la voz interior le está hablando, y al fin dice: “Con el tiempo todos vendremos”.

Por unos momentos reina profundo silencio. Luego empiezo yo a hablar de nuevo de los plátanos. “Cuando yo vine aquí, pedía a todos que me trajeran buenos tallos de plátanos para plantarlos. Encargué a Nkundamo a

ver si eran buenos; yo no entiendo, ¿cómo se puede distinguir?”. “Sí, padre, esto es difícil; en el fruto se conoce mejor cuándo una clase es buena. Nkundamo entiende mucho de esto, porque él viene del país de los plátanos”.

“He visto comarcas enteras donde todo el terreno parecía un bosque de plátanos. ¿Verdad que la gente vive ahí casi exclusivamente de plátanos? ahí no se ven campos labrados, pero por todas partes gente que recogen y llevan plátanos. Dime, Cabano, ¿no les da asco de comerlos día tras día?” “Señor, ¿qué otro remedio les queda, si no tienen otra cosa? Ellos comen pocos plátanos maduros, casi siempre comen plátanos verdes cocidos”. “Sí, esto lo he visto en mis viajes. Cuando teníamos que hacer noche en uno de estos pueblos, la gente nos traía ramos de plátanos verdes para los hombres que llevaban nuestro equipaje”. “Entonces se alegrarían; en nuestros cacharros de barro los guisantes y judías tardan muchas horas en cocerse, los plátanos verdes se guisan mucho más deprisa. Así los hombres podían comer antes de dormir y antes de salir otra vez de viaje por la madrugada”.

“¿Cuántas clases de plátanos habrá?”, pregunta el misionero. “Tantas, padre, que no te lo puedo decir, y quizás nadie lo puede decir. Qué bendición que vosotros habeis traído ahora medicinas y vendas para las heridas, si no todavía tendríamos que taparlas con la corteza seca de los plátanos. Aquí vienen diariamente cuarenta u ochenta personas con sus heridas. Mu-

chas de las heridas tienen el tamaño de la palma de una mano, y están llenas de pus y de carne mala. Moscas y gusanos entran allí, y la pobre gente, que no tienen trapos, no saben defenderse de las moscas de otra manera que pegando estiércol de vacas encima, y atarlas con tiras de rafia.

“¿Aquí aprovechais mucho esta corteza?” “Sí, los negros la usan muy a



menudo, y también las grandes hojas verdes de los plátanos; éstas algunas veces tienen el tamaño de un hombre, y con ellas hacen una especie de sacos, para envolver judías o guisantes o maíz”. “Sí, esto me ha chocado, cómo sabeis arreglarlos sin aguja ni hilo”.

“Eso sí entendemos, y varias otras cosas, pero mucho más hemos aprendido de vosotros. La madre blanca nos ha enseñado cómo hay que sacar del tronco de la planta la fibra, y cómo de ésta se pueden hacer telas de catre y alfombras fuertes y bonitas con dibujos variados. Muchos ahora se ganan así algún dinero, y se pueden comprar un trozo de tela, mientras que antes se cubrían solamente con hojas de plátanos”.

De pronto se ríe Cabano, y yo le pregunto el por qué, y el me contestá: “Me tengo que acordar de un refrán, cuando he hablado de las hojas de plátano.

Este dice así: "Siempre de las plantas bajas se cortan las hojas".

"¿Y qué significa este refrán?" "¡Oh! que es siempre la gente humilde quien tiene que hacerlo todo. Ellos tienen que traer comida para los hombres que llevan las cargas de los europeos que pasan por nuestro pueblo; si hay que pagar contribuciones, todo el peso cae sobre ellos; con la gente rica y noble no se atreve nadie. La gente pobre está siempre con el miedo de que les obliguen a palos a servir a los grandes señores. Siempre son las plantas bajas donde se cortan las hojas; es menos cómodo de alcanzar las hojas que están arriba". "¿Te parece bien esto, Cabano?" "No, padre, no está bien. Yo no he olvidado la historia de tu Señor y Amigo, cómo El siempre se rebajó con los pobres, cómo les ayudó en su miseria y nunca les humillaba. Desde que vosotros habeis venido aquí, ya se ha cambiado mucho nuestra vida".

Mis queridos amiguitos: Estando otra vez en mi tierra, tengo que pensar muy a menudo en aquel refrán africano; cuando veo plátanos me ayuda algunas veces a no molestar ni avergonzar a los pobres y a los pequeños. También vosotros debeis procurar en el colegio y en vuestros juegos, de no molestar a los compañeros pequeños y débiles.

La venganza de Carmencita

(Continuación)

Y la hermanita, pensó él con un profundo suspiro, cumple ahora su amenaza. No se preocupaba de él. Segura-

mente ahora estaría jugando allí abajo con esos animalitos de hoja de lata: la rana, el cangrejo, el pato, los pececillos y el cisne, que iban detrás de un imán, en el agua de la pila, por donde ella quería. ¿Si habría bajado también el vapor? En efecto, la caja donde él le guardaba estaba vacía y lo mismo la de los bichos. No quería ni mirar al patio. Apretaba los puños contra los ojos. De repente notó que alguien le tapaba los ojos con un pañuelo y dos manitas muy ligeras se lo ataron a la cabeza a pesar de su resistencia, y la voz de Carmencita le decía: "Estate quieto, Enriquín, tengo una sorpresa para tí". El tono en que ella se lo decía era tan cariñoso, y Enrique estaba tan contento de no estar solo, que se quedó quietecito y se dejó conducir por la mano de la hermanita fuera de la habitación, atravesando varias puertas. ¿Qué sorpresa le esperaba? ¿Acaso alguna trampa que Carmen le había preparado, para vengarse de él?

Ya estaba a punto de quitarse la venda, cuando notó que Carmen misma le desataba el nudo. Cayó la venda y ¿qué era eso?

Estaban en el cuarto de baño. Con permiso de su madre, Carmencita había llenado la bañera a medias. Sobre la superficie del agua nadaba orgulloso el vapor, que de este modo recibía su bautismo. Le seguían el cisne, el pato, el cangrejo y los peces; a lo último venía la rana gorda con los mofletes inflados de orgullo, como si fuera a decir: sin mí todo eso no vale nada.

(Concluirá.)